

xico. Todas son diversiones y fiestas, mientras el infortunado país está acabando, pues cada día y por todas partes aparecen nuevas y numerosas cuadrillas de disidentes.

El Gral. don Manuel Gamboa, que de Capitán de Artillería lo hizo U., en dos años, General, ha salido ayer para Sonora, de Comisario Imperial.

Pasan de seiscientos hombres las fuerzas de los guerrilleros en Morelia.

Matehuala y el Cedral están próximos á ser invadidos.

La sierra de la Huasteca ha vuelto á pronunciarse contra el Imperio.

En el Departamento de Puebla se han levantado nuevos guerrilleros.

En Uruapan ha sido fusilado por los liberales el Coronel Lemus, hijo adoptivo del General don Pedro. Acompaño á U. las tiras de estas noticias y algunas otras.

Sabe U. que soy su mejor amigo y obediente servidor, que atto. B. S. M.

M(anuel) M(aría) G(iménez).

EXMO. SR. DON ANTONIO LOPEZ DE SANTA ANNA.

XXXV

EXMO. SR. GENERAL DE DIVISION D. ANTONIO LOPEZ DE SANTA ANNA, GRAN CRUZ DE LA REAL Y DISTINGUIDA ORDEN ESPAÑOLA DE CARLOS III, ETC., ETC., ETC.

SAN THOMAS.

GUADALUPE HIDALGO, JULIO 29 DE 1865.

Mi muy respetable General, fino amigo y señor:

Tengo á la vista la muy favorecida de U., de 15 de junio último, contestación á las mías de 26 de abril y 28 de mayo, y refiriéndome á su apreciable contenido, me creo, como siempre, obligado á hablarle á U. el lenguaje de la verdadera amistad, del interés por su respetable persona, y de la lealtad con que siempre lo he querido, sin interés ninguno personal para mí; de esto he dado á U. algunas pruebas.

El siempre apreciable sentido de sus gratas de U., hace tres meses, es equivocado en los puntos referentes á la situación política de este país, y este fatal equívoco es indudable que procede de lo que escriben á U. otras personas, que cree U., con su buen corazón, que son sus verdaderos amigos, cuando nunca lo han sido, ni lo son, ni pueden serlo; porque estos hombres no ven ni han visto nunca otra cosa que sus miras y las consecuencias personales que pueden resultarles á la sombra de la mentida amistad hacia U.

Pudiera darle á U. mil pruebas irrefragables de mi asierto; pero como mi ánimo no es indisponer á U. con ninguno de ellos, sino que no caiga U. en otra red de más difícil salida que en la que lo envolvieron, el año pasado, esos mismos señores, me refiero á hechos y no á personas, que la experiencia de U. y su talento conoce, y que si no las ha conocido U., como yo, es una fatal desgracia para U. tener ó creer, por amigos verdaderos, á los que realmenté ni lo han sido, ni lo son, ni pueden serlo.

U. se dignará dispensarme que me extienda en esta carta quizá demasiado, porque lo que voy á manifestarle es asunto vital para U. y, por precisa consecuencia, para mí, que me tengo, y con orgullo, por su más leal y por su mejor amigo, en toda la gran latitud de tan sagrado nombre.

Sé que escriben á U. estos señores que el país, cual un volcán inflamado y rugiente en las entrañas de la tierra, arde voraz en odio del (sic) Imperio y de (sic) la Intervención, y que se abrirá su horrible cráter sólo á la voz de un caudillo; que á ésta se levantará la Nación en masa, y cual un solo hombre, acometerá, henchida en patriotismo, á la intervención y al Imperio, y que, en virtud de este esfuerzo simultáneo, desaparecerá cuanto existe, y México recobrará su libertad é independencia; y que éste caudillo, este héroe que debe libertar á México de la ominosa opresión que hoy sufre, debe ser U. Pues bien, mi General; ni hay tal volcán, ni tal patriotismo, ni tal unión de sentimientos simultáneos; y los mismos pérfidios que escriben á

U. esto, no lo creen, ni aun se lo imaginan, y sólo lo hacen por excitar su amor de U. á su patria, que nunca ha tenido que ser excitado, por ver si salta U. á la arena, y en una revuelta política, como en otras muchas en que U. ha triunfado, pescan, como han pescado siempre, fuera cual fuere el resultado para U. Si U. triunfaba, que lo creo imposible, atendidas las circunstancias presentes, ellos se aprovecharían; y si U. sucumbía en tan arriesgada y desigual lucha, lo sentirían por sus intereses personales, pero no por la desgracia de U., por la que juro que no vertirían ni una lágrima ni exhalarían un suspiro.

Con la larga experiencia de 67 años, conozco á los hombres y mucho más á aquellos que lo han rodeado á U., porque los he tratado más de cerca y he tenido tiempo de estudiarlos.

Es cierto, sí, que existe disgusto contra la intervención y el Imperio; pero este disgusto no es general y va disminuyendo en todas las clases, merced á la gran lista de gracias que prodiga el Emperador cada día.

¿Pues qué, mi General, ha olvidado U. ya el carácter y las cualidades de los mexicanos en general, después de haberlos mandado tantos años? Los mexicanos, y principalmente los militares de hoy, y los de algunos años atrás, están muy al corriente de la alza y baja de los negocios públicos, y antes de decidirse por ninguno de los contendientes, ponen en balanza los acontecimientos probables, hacen una complicada operación de cálculo, y se po-

nen siempre, no del lado de la razón ni de la justicia, no del del honor ni de la patria, sino de la parte en que esperan, con fundamento y sin probabilidades adversas ni riesgos eventuales, las mayores, las más seguras ventajas personales posibles. Estos son los mexicanos, en general, de hace muchos años; de este número, por desgracia, son la mayor parte de los que han rodeado á U. en todas las épocas de su Gobierno, y de este número, en fin, son los que escriben á U. hoy para que se lance á la arena, pues que, no habiendo (sido) ninguno de ellos objeto de las gracias del Emperador, están llenos de envidia, y, sin embargo, se arrastran, como culebras, siempre que hay bailes ó convites en Palacio, para obtener boletos de asistencia, que nunca pueden conseguir, y esto es por lo que se desesperan.

Por otra parte, ¿dónde existen los elementos dentro del país, para derrocar la intervención y el Imperio? ¿Dónde el ejército nacional? ¿Dónde el armamento y el material de guerra? ¿Dónde los inmensos recursos pecuniarios? ¿Dónde los generales de instrucción y valor, para preparar á U. el camino? En la pérfida imaginación de los que escriben á U. en este sentido, y no en otra parte. ¿Serán acaso los yankees filibusteros, con los que quieren esos supuestos amigos de U. que sean las huestes con que U. ataque la intervención? Puede ser, pues en tales términos se ha expresado uno de ellos. Pero no; U. no es capaz, aunque lo crea ese imbécil, de unir su causa á la de los americanos del

Norte. U. no es capaz de manchar su patriotismo ni la brillante página que ocupará en la Historia de su patria, á pesar de sus enemigos, con un borrón tan negro y tan infame. No, mil y mil veces no; el General Santa Anna no se unirá jamás, ni por ningún motivo, á los enemigos naturales de su patria, y á quienes combatió con tanta tenacidad cuanta escasa fortuna, en los años de 1836 y 1847, por satisfacer venganzas ni agravios personales. Esta es mi firme convicción, y estoy seguro que es también la de U.

Porque querer libertar á México con una invasión de norteamericanos, sería lo mismo que querer apagar un incendio arrojando barriles de alquitrán al centro de las llamas. Porque el dominio del Imperio y la intervención será arrojado de México tarde ó temprano, ó por la quinta ó sexta generación de los actuales vivientes, como lo fué la....

.....
color político; con la que después de llenarlo á U. de los más injustos baldones, lo despojaron violenta é injustamente de todos sus bienes. ¿Se asociaría U. ó se subalternaría á un Juárez, á un González Ortega ó á un Negrete? No, mil veces no; y si estos hombres lo invocaban á U. y le permitían por un momento el mando supremo, sería para servirse de su nombre y su prestigio; pero, obtenido el triunfo, procurarían á toda costa deshacerse de U., aún por los medios más viles y reprobados, y sería U. la víctima expiatoria.

En mi anterior dije á U., y lo repito ahora, que, á

mi ver, el único medio de que pueda cambiar la situación política de este país, de un modo ventajoso, es un cataclismo político en Francia, la caída de Napoleón III, á consecuencia de él, y el restablecimiento de la República sobre las ruinas de su trono. Esto no está muy lejos, atendido el carácter atrabiliario de los franceses. El discurso pronunciado por el Príncipe Napoleón, primo del Emperador, en Acjaccio [capital de la Isla de Córcega], con motivo de la inauguración de una estatua erigida en honor de la familia Bonaparte, está lleno de aquellas ideas; y si este Príncipe no estuviera apoyado en un partido fuerte, no las hubiera emitido tan tenaz y públicamente. Por esto, ha perdido los honores y gracias del Emperador y ha sido desterrado á la Suiza; pero él trabajará en lo oculto en favor del partido demócrata. Si éste, algún día, triunfa sobre el Imperio en Francia, el ejército de ocupación de México se retirará al momento, y el Emperador Maximiliano hará lo mismo con sus austriacos y belgas, porque no le prestará seguridad el país sin el apoyo de las fuerzas francesas.

Pero no habiendo aquí, para aquel momento, un ejército nacional respetable, mandado por generales de honrada capacidad militar y política, que dominen la situación, y uno de ellos que se apodere del mando absoluto y dicte providencias fuertes, sabias y benéficas á la generalidad del país y contenga los desesperados avances del partido rojo; pero como (no) hay ni muchos ni uno que sir-

va para nada, ni reuna las grandes cualidades necesarias á un general para este supremo caso, es indudable que el partido rojo asaltaría la situación y se apoderaría del poder y entonces. . . . ¡ay del desgraciado México! Los sangrientos horrores de la Revolución Francesa, desde 1783 á 1893 (sic) del siglo pasado, serían dulzuras, comparados á los que ejecutarían los rojos triunfantes. Y en aquel caso, no dudo que triunfarán, porque sólo ellos tienen las armas en la mano y se aumentan sus fuerzas cada día, por la lenidad del Gobierno.

He hablado á U. con mi corazón, con mi alma y con los sentimientos que abrigo hacia U., que ojalá le hubieran sido conocidos siempre, y mis gratuitos enemigos no hubieran conquistado algunas veces su enojo contra mí; pero hoy no los temo: son muy despreciables; nada pueden perjudicarme en el ánimo de U., porque en ese rincón del mundo, sobre esa roca, tendrá U. lugar de examinar muy detenidamente quiénes son sus verdaderos amigos.

Por Dios, mi General, no se deje U. alucinar ni fascinar por el canto fatídico de esas sirenas que lo engañan; no crea U. en política más que lo que escriba á U. su hijo político, Castro, ó yo; los demás lo engañan á U. por sus miras particulares; nosotros amamos á U. sin interés de ninguna clase. Tenga U. muy presente la inmortal víctima de Padilla, llamada al patíbulo por sus amigos y sentada en el cadalso por el hombre á quien había indultado

de la muerte por traidor: las circunstancias son muy semejantes.

U. me dispensará que no desista de separarme de este país, aunque no será muy pronto, donde nada he conseguido, pues estoy aherrojado en un Depósito, revuelto con la canalla del ejército, después de 45 años de servirle con lealtad y de haber derramado mi sangre en él por su Independencia. Tengo 54 años de servicios, de buenos servicios; ¹ hace 22 años que soy Coronel, cuando muchos, muchos, en muy pocos años y sin mis méritos, sin mis conocimientos militares adquiridos en mi juventud en un Colegio Militar, y, permítame U. el decirlo, sin mis antecedentes, sin mi capacidad y sin mi educación, ciñen las fajas de generales de brigada y de división. ¿Qué puedo esperar yo, mayor vejez y la miseria, hasta mendigar mi triste sustento? No, mi General; me esconderé en un rincón del mundo, donde nadie me conozca, y en él, hasta mi último aliento, pediré al Sér Omnipotente la salud, la vida y la felicidad de U.

Las tiras de los periódicos que acompaño á U., le impondrán de las ocurrencias locales de más notabilidad en este mes, de las que no me ocupo ahora por no hacer más larga esta carta; pero sí diré á U. de paso que la hija del General D. Miguel Blanco ha sido nombrada dama de la Emperatriz, y que, en consecuencia, muy pronto D. Miguel y

¹ El autor sufrió aquí un *lapsus calami*; acaba de decir que tenía 45 años de servicios, lo que es cierto, pues llegado á México hacia 1818, ingresó en el ejército insurgente dos años después.

D. Santiago Blanco serán ornamentos del trono imperial.

También le adjunto á U. parte de una sesión del Cuerpo Legislativo de Francia, sobre México y el último préstamo, porque es posible que U. no la haya visto, y es muy interesante. México pagará en 50 años 417 millones por 153 que recibirá, y esto si los llega á recibir. ¡Pobres mexicanos!

S. M. el Emperador no tiene suficiente para los gastos de su casa con 5,300 pesos diarios, y desde el día 15 mandó que se le remitieran 10,000; esto es, 3.650,000 pesos anuales. ¡Qué friolera! cuando hace ocho meses que no se da ni un real á los retirados, viudas ni pensionistas; he aquí bien entendido el lema del nuevo escudo de armas de México: La equidad en la justicia.

D. Manuel Doblado murió en New York, el 19 de junio.

En el tiempo empleado en escribir esta carta, para manifestarle á U. en ella mis sentimientos y convicciones, y que debe U. suponer que no ha sido de un solo día, se me ha asegurado por el señor D. Manuel María de Sandoval, íntimo amigo mío, y de U., mejor que otros muchos, que en los círculos liberales se dice que para el mes de septiembre desembarcará U. en el puerto de Acapulco, y que, unido con los Alvarez y los pintos, hará U. la guerra á la intervención y al Imperio. No he querido, ni puedo creerlo; pero se lo digo á U. para su inteligencia y que sepa lo que aquí se dice de U., aunque no muy reservadamente.

Adiós, mi muy querido General; espero con indecible ansia la muy apreciable é interesantísima contestación de U. á esta larga carta, y deseándole todo género de felicidades, es de U., como siempre, su más verdadero amigo y obediente servidor, que muy atento B. S. M.

M(anuel) M(aría) G(iménez).

D. José Esteva ha tomado posesión del Ministerio de Gobernación.

XXXVI

SR. D. FRANCISCO DE P. MORA.

MEXICO.

SAN THOMAS, AGOSTO 15 DE 1865.

Mi estimado amigo:

Ya sabe U. que no es posible contestar á vuelta del paquete tantas cartas como recibo; por consiguiente, no extrañará que lo haga con algún atraso.

Celebro la buena salud que disfruta, según me comunica en su apreciable, fecha 29 de junio último. La mía es inalterable, gracias á Dios.

Agradezco á U. mucho la parte que ha tomado en el sentimiento que me ha causado naturalmente el fallecimiento de mi querida hermana Francisca, el que se aumentó con la muerte de mi otra hermana Mariana. Qué quiere U., nunca viene so-

lo un pesar, y á esto no queda otro recurso que la conformidad religiosa.

Recibí la reseña del mes de la fecha, la que no puede ser mejor redactada. No omita U. hacerlo así siempre, pues me son convenientes unas noticias diminutas en las actuales circunstancias.

Si Almonte verifica su viaje, no lo extrañaré, porque el indio es astuto y observa que los asuntos de su Emperador no van bien; por consiguiente, toma las de Villadiego con anticipación.

No hay duda que las cosas del país van cada día peor. Los Estados Unidos se preparan para la guerra con los franceses. Cien mil veteranos están situados en la orilla del Río Bravo, y en el Pacífico una escuadra de treinta buques de guerra. O los franceses dejan el suelo mexicano, ó tendrán que habérselas con los americanos, sin que haya alguna duda en esto, digan lo que quieran los papeles franceses. Si á esto se agrega la energía con que los mexicanos pelean por su independencia, la cuestión será resuelta en favor de México.

A mí me agrada mucho que se vaya desarrollando bastante el entusiasmo entre nuestros compatriotas. No es posible que haya medio entre el oprobio y la muerte. Con envidia diviso desde esta isla la lucha empeñada entre los patriotas mexicanos y los invasores, y quisiera estar entre aquéllos para participar de sus riesgos y fatigas. La causa que sostienen los mexicanos es santa, y honra á cuantos tomen parte en ella. Es menester animar el espíritu público de la manera que se pueda, y

de seguro que el triunfo será nuestro más tarde ó más temprano.

Tengo esperanzas de que nos veamos pronto. Entre tanto, deseo que U. se conserve bueno, disfrutando de las felicidades que le apetece su afmo. seguro servidor y amigo Q. B. S. M.

A. L. de Sta. Anna (rúbrica).

XXXVII

EXMO. SR. GENERAL DE DIVISION D. ANTONIO LÓPEZ DE SANTA ANNA, GRAN CRUZ DE LA REAL Y DISTINGUIDA ORDEN ESPAÑOLA DE CARLOS III, ETC., ETC., ETC.

GUADALUPE HIDALGO, AGOSTO 30 DE 1865.

Mi muy respetable General, fino amigo y señor:

Confirmando en todas sus partes el contenido de mi última de 29 de julio próximo pasado, añadiré á U. en ésta que desde principios de este mes empezó á hablarse públicamente de la venida de un manifiesto ó proclama de U. La prensa periódica no se ocupó de este negocio hasta el día 17, que habló de él La Estafeta; ésta, La Sociedad, El Pájaro Verde, El Cronista y Doña Clara han tomado este punto en los términos que verá U. por las tiras de dichos periódicos que le acompaño, y por ellas se impondrá de los términos en que lo han hecho. Igualmente le adjunto el nuevo Reglamento de Retiros, dado por el Emperador para los militares; las últimas noticias de la frontera respecto de los ame-

ricanos, y un artículo en que se manifiesta muy clara y terminantemente el estado actual respecto del comercio y recursos.

Se ha descubierto una conspiración cuyos trabajos parece que se tenían en Tacubaya, y de cuyo punto se han traído presos á México dieciocho ó veinte personas. También en México se han ejecutado algunas prisiones, parece que por la misma causa; pero ni sé el objeto de la conspiración, ni quiénes son los presos, pues voy á la Corte lo menos que puedo y sólo cuando me es absolutamente indispensable.

Se dice que deberá U. desembarcar en Acapulco. Dios lo libre á U. de D. Juan y D. Diego Alvarez, de los pintos y de todos los puros de todas partes, que no pueden ser amigos de U. y son más traidores que Judas.

Yo vivo en un caos de incertidumbre y conjeturas; ni creo ni dudo nada, y lo único que siento, en todo caso, es la persona de U., para mí tan querida. Pero, en fin, Dios mirará por ella y la librárá de tantos y tan eminentes peligros como la cercan y se le preparan. Creo que á la llegada del paquete inglés, volverá á removerse el asunto del manifiesto de U., el cual no he logrado ver.

Adiós, mi muy querido General; consérvese U. bueno y disponga siempre de su mejor amigo y obediente servidor, que le desea mil felicidades y muy atento B. S. M.

Manuel María Giménez (rúbrica).

XXXVIII

SR. D. FRANCISCO DE P. MORA.
MEXICO.

S. THOMAS, SEPTIEMBRE 15 DE 1865.

Mi estimado amigo:

Recibí sus muy apreciables de 28 y 29 de julio último, agradeciendo á U. las noticias que me comunica. Continúe U. con ellas.

Agradezco á mis buenos amigos el sentimiento que manifiestan por la venta que trato de hacer de las haciendas de Manga de Clavo y Paso de Varas, pero ¿qué hacer después de diez años de ostracismo, saqueados mis bienes, sin sueldos y con la precisión de vivir en una posición decente? La necesidad carece de ley, amigo mío, y no me queda otro recurso que echar mano de lo que me ha quedado, para atender á mis urgencias. La ruina de la patria y la mía, la han causado mis enemigos políticos. Muchos de éstos han desaparecido, víctimas de su propia conducta, y los que aun viven, no han de tener su conciencia tranquila.

En cuanto á la patria, voy á hacerle un último servicio. El adjunto manifiesto dará á conocer á U. mi resolución. Vea U. si es posible reimprimirlo, para que circule entre los patriotas, á quienes es preciso animar para que redoblen sus esfuerzos en sostén de la independencia nacional que pelagra.

Espero que el Cielo se apiade de los mexicanos

y les conserve su nacionalidad; pero es indispensable que éstos tomen una resolución suprema. Ya no hay que vacilar cuando las cosas han llegado al último extremo.

Sin lugar para más, me repito de U., como siempre, su afmo. amigo, muy seguro servidor, que le desea felicidades y B. S. M.

A. L. de Sta. Anna (rúbrica).

XXXIX

EXMO. SR. GENERAL DE DIVISION D. ANTONIO LOPEZ DE SANTA ANNA, GRAN CRUZ DE LA REAL Y DISTINGUIDA ORDEN ESPAÑOLA DE CARLOS III, ETC., ETC., ETC.

GUADALUPE HIDALGO, SEPTIEMBRE 29 DE 1865.

Mi muy respetable General, fino amigo y señor: Si por su familia de U. no supiera el buen estado de su muy importante salud, estaría lleno de ansiedad por ella, por la carencia de sus muy apreciables é interesantes letras hace dos paquetes; y esto me es más sensible cuando el contenido de mis dos últimas es vital y demasiado interesante para U. y para sus muy pocos verdaderos amigos.

Nada tengo que añadir ni quitar á cuanto mi verdadera y desinteresada amistad hacia U. le manifestó en mi larga carta de 29 de julio último, y cuyo contenido le confirmé y ratifiqué en la mía del mes pasado, y ahora lo repito.

Las tiras de periódicos que acompaño á U. y las

que le adjunta Guadalupita, le manifestarán mejor que mis palabras el efecto que ha causado el manifiesto de U. en todos los puntos donde ha sido leído y publicado.¹

La carta de su desnaturalizado hijo de U., Pepe, dirigida al Cónsul Mexicano en la Habana, y que, aunque estoy seguro que la habrá U. visto, también le acompaño, ha causado generalmente indignación y un efecto más favorable á U. que el manifiesto, que he leído por fin y tengo en mi poder. Esa carta ha sido publicada en todos los periódicos del país.

Aunque cada día se ataca y perjudica más al ejército en la parte vital, como verá U. por la ley de licencias ilimitadas y retiros que le acompaño, no se deja de halagarlo con cruces y condecoraciones, aún en las clases más bajas, porque el corto efectivo del ejército mexicano que hay hoy, no es, sin duda alguna, parte del que dejó U. en 1855. Todo ha cambiado en los diez años que han transcurrido; ni jefes, ni oficiales, ni tropa son de los que fueron mandados por U. en los campos de batalla; todos son criaturas de Zuloaga, Miramón y los puros; así es, que el ejército de hoy no conoce al General Santa Anna.

Se me ha asegurado que, pasada la estación de las aguas, vendrá U. al puerto de Acapulco, y que, unido con Juárez, que ya estará allí, y Alvarez, se dará el grito contra el Imperio y la intervención francesa; que todas las partidas de ladrones y ban-

¹ Puede verse en el tomo II de esta colección

didados que infestan y están acabando con el país, se unirán en derredor de esa bandera, para formar el ejército que debe cambiar la situación. Esto no puede ser menos que una invención de los mismos puros; porque ¿cómo puede formarse un ejército que tenga las virtudes necesarias para tan ardua empresa, con esas innumerables hordas de forajidos, sin ninguna virtud y con los más horrendos crímenes? ¿cómo podrá obtenerse un ejército valiente, subordinado y patriota, con esas chusmas que no conocen los sagrados deberes de un militar honrado; con unos jefes y oficiales más perversos, más infames, más ladrones y más cínicos é incendiarios que sus mismos subordinados? Sería más fácil contar las innumerables estrellas del firmamento ó los salados granos de arena del océano, que reducir esa canalla á los deberes, subordinación y virtudes que debe poseer un buen soldado. No, no lo creo, y mucho menos creo que, desoyendo U. las voces de su familia y de sus buenos, verdaderos y desinteresados amigos, se lance U. á una arena que, después de manchar su buen nombre, quizá lo sepulte, sin provecho alguno para U. ni para la patria, en sus negras y fatídicas entrañas. No me es posible pensar en esto sin horrorizarme por la suerte que puede caber á U. en tan fatal jornada, si llegara á verificarse; pues sólo que Dios con un milagro palpable la favoreciera, podría tener un resultado favorable para U. y para México.

A consecuencia de la ley de licencias ilimitadas y retiros, espero el mío de un momento á otro, y co-

mo hace un año que no se paga á los retirados, quedaré reducido á vivir de la caridad pública. Este es el digno premio que espero después de cincuenta y cuatro años de buenos servicios á este país. No sé qué haré en tal conflicto, que espero de un momento á otro, pues no tengo más que enemigos en el Ministerio de la Guerra, y enemigos gratuitos, sin haberles hecho mal alguno.

Adiós, mi querido General. El espíritu de Dios ilumine á U. en todo, y no dude U. un momento del cariño de su mejor amigo y obediente servidor, que muy atento B. S. M.

M(anuel) M(aría) G(iménez) (rúbrica).

XL

SR. CORONEL D. MANUEL M. JIMENEZ.
GUADALUPE HIDALGO.

S. THOMAS, OCTUBRE 15 DE 1865.

Mi estimado amigo:

Ocupaciones de que no he podido desprenderme, me privaron de contestar, al regreso del paquete, á su favorecida, fecha 30 de agosto último; mas ahora lo hago diciéndole que la vida filosófica que U. ha adoptado, lo ponen (sic) ciertamente á una gran distancia de los acontecimientos políticos, á pesar de que éstos se hacen sentir con el movimiento del pueblo y el estrépito de las campanas (sic); de consiguiente, no será extraño que, á pesar de su propósito, viva U. en incertidumbre.

Mi Manifiesto circula en todos los periódicos del continente sur-americanos, en (los de) los Estados Unidos del Norte y en los de Europa; foco de la discusión en pro de los derechos de México como una Nación soberana; y si en todos estos países se ha hecho mérito de ese documento, como un grito que se lanza contra un acto de iniquidad, con más razón debía tener lugar en esa Capital. El es un guante arrojado al usurpador, al verdugo de mi patria, de esa patria que me ha sido tan cara, pues en su servicio gasté mi juventud, mi sangre y mil cruentos sacrificios; todo esto me da derecho para hablar alto, hoy más que nunca, en presencia de tantos desórdenes, de tanta humillación y vilipendio en que yacen los mexicanos, por el hombre elegido por algunos de ellos para regir los destinos de la altiva México.

Pronto, muy pronto oirá Maximiliano, por el Norte, el estallido del cañón, que le anuncie la hora de su partida del territorio mexicano, que nunca debió pisar, ni sus aliados. ¡Desgraciado, si temerariamente trata de oponerse á la corriente del dique que se desborda por todas partes! No queda medio; el día de la redención se acerca, y un solo grito se oirá en todo el vasto territorio mexicano: «*Independencia, República, libertad ó muerte.*»

Tratándose de salvar la nacionalidad mexicana, no excusaré de unirme con el gran *Turco*, mucho más con mis compatriotas, sean cuales fueren sus creencias. La unión forma la fuerza, y ésta es ne-

cesario procurarla obrando con verdadero patriotismo.

Si cuando U. me vea en campaña, quiere unírseme, yo lo admitiré con gusto, como otras veces.

Concluyo deseando á U. tranquilidad y buena salud en su retiro, como su amigo afmo. y seguro servidor Q. B. S. M.

A. L. de Sta. Anna (rúbrica).

XLI

EXMO. SR. GENERAL DE DIVISION D. ANTONIO LOPEZ DE SANTA ANNA, GRAN CRUZ DE LA REAL Y DISTINGUIDA ORDEN ESPAÑOLA DE CARLOS III.

SAN THOMAS.

GUADALUPE HIDALGO, OCTUBRE 29 DE 1865.

Mi muy respetable General, fino amigo y señor:

No habiéndose U. dignado dar contestación á las cartas que le he dirigido en los pasados meses de julio, agosto y septiembre, no puedo menos de creer que le han desagradado á U. sus contenidos, ó que algún chisme de éstos que se llaman sus amigos, y que son enemigos míos naturales, porque nunca he convenido ni puedo convenir con ellos, por su egoísmo, falsedad y bajezas, lo han indispuesto á U. contra mí, celosos de que U. me escribiera y mantuviera correspondencia epistolar conmigo; pero sea de esto lo que fuere, creo en mi deber y en mi delicadeza ofendida, el cesar en mi corres-

pondencia, pues U. lo ha hecho primero, la que no tenía otro objeto que mi cariño siempre verdadero hacia U. y poner en su conocimiento las principales ocurrencias de este país, en las circunstancias azarosas que atraviesa.

Muchas veces me ha dicho U. que mis noticias le eran de interés, que eran exactas, que coincidían con las que le escribían á U. otros, que las apreciaba sobremanera, que se las continuara á U. todos los correos, etc., etc., etc. Pero esto era antes, cuando la envidia y la calumnia no me habían clavado su ponzoñoso diente, de cuyas infames cicatrices estoy acribillado hace muchos años. Ya hoy, para U., mis cartas, mis noticias y las justas, prudentes y amistosas reflexiones que hago á U. en ellas, no tienen valor y merecen el desprecio de no ser contestadas. Esto es decirme: no me vuelvas á escribir. Así lo haré, y ésta será la última con que moleste la atención de U., pues para saber de su siempre interesante salud, tendré noticia de ella por medio de su apreciable familia.

He sido, soy y seré siempre un leal y verdadero amigo de U., sin bajeza ni adulación; mi posición social lo dice más que yo.

Adjunto á U. algunas tiras de periódicos que convienen á U. y otras de asuntos diversos; y deseándole á U. de todo corazón acierto en sus determinaciones, y mil felicidades, tengo el honor de repetirme de U., como siempre, su mejor amigo y atento, obediente servidor Q. B. S. M.

Manuel María Giménez (rúbrica).